

CUADRO IV Bis

(Mismo escenario que en el cuadro anterior, tal como quedó cuando lo abandonaron los soldados franceses al final del mismo. Aparecen tres mujeres, una de ellas con un Niño de unos 7 u 8 años. Las mujeres van vestidas con trajes de la época, no de luto. Una de rojo, otra de amarillo y la otra de morado. El niño lleva pantalones cortos y un sombrero como de soldado. Va de la mano de la Mujer en Morado.)

Mujer en Rojo: ¡Dios mío! ¡Qué cantidad de escorzos, de sangre y de torturas! Qué muerte tan terrible habrán tenido los desgraciaditos de este último camposanto de nuestra búsqueda.

Mujer en Amarillo: Hoy ya hemos visto miles de muertos en estos campos y llanuras de hierbas quemadas por la sangre. ¡Ay, qué dolor y qué tristeza tan grandes! Algunos son tan jovencitos todavía. Casi niños son. ¡Mirad sus ojos abiertos al espanto!

Mujer en Morado: ¿Estará entre estos cadáveres el de mi hombre?...Ven aquí niño. No mires. No mires. (Abraza al Niño en su regazo.) Buscad amigas a mi hombre entre los campesinos muertos.

(La Mujer en Amarillo se derrumba vomitando en el suelo. Las otras dos van a atenderla mientras el Niño busca objetos entre los sables y fusiles de los muertos.)

Mujer en Morado: ¡Ten ánimo, mujer! A todas nos asusta y nos conmueve este amargo trago de ácido veneno, nuestra búsqueda por esta morgue silvestre de sombras silenciosas y de espolones de miedo. (Se levanta.) ¿Qué haces Niño? ¡Ven aquí enseguida! ¡Que vengas te digo!

Mujer en Rojo (acariciando a la Mujer en Amarillo): Ponte buena, niña. Tú ponte buena que la prueba más dura de este día no ha llegado aún.

Mujer en Amarillo (Incorporándose): Gracias. Ya me encuentro mejor. No os preocupéis por mí. Es sólo asco del ser humano y un miedo grande e inconcreto que se apoderan de mí. Lo que yo quiero es verlo a él. Vivo o muerto. Poderlo tocar y besarlo. Es todo lo que yo quiero ahora.

Mujer en Rojo: Yo vengo aquí sólo por caridad, por cariño a vosotras. Para que no estéis solas. Para que no se queden tan solos estos difuntos, hasta ayer vecinos nuestros. No tengo yo hombre ni padre ni descendencia, pero sí que me asolan vuestra angustia y la lástima.

(Las tres mujeres se arrastran por entre los muertos. Gimen y se asustan continuamente mientras el Niño tira piedras a los buitres.)

Mujer en Morado (Abrazándose a las otras): ¡Ay, nuestros queridos muertecitos! Ay. Ay de los soldados y campesinos, de los padres e hijos de las casas y tabernas de todos los pueblos a la redonda. Los que han dejado fríos nuestros lechos y acunan los miedos inconcretos de las madrugadas. Ay. Ay de nuestros padres, parientes, hijos y amigos ya perdidos e irreconocibles en esta danza macabra de carnes putrefactas laceradas, de torturas increíbles, de fuegos fatuos de ortigas y jaramagos, de silencio maloliente. (Se separa de las demás y abraza estrechamente al Niño) Me parece oler bocanadas de su sudor ahora. Aquí, por este caminito por donde volvería cada día sudoroso de la faena en la huerta. ¿O no era por aquí y lo que huelo es su sudor de combatiente congelado en los poros de un cuerpo muerto, repleto de heridas y de sangre seca?

(El Niño juega a ser soldado. Coge una chaqueta con sus medallas del suelo y se la pone. Desfila marcial ante los cadáveres.)

Mujer en Morado: Ten respeto, niño. Con los muertos no se juega, ni siquiera en tiempo de guerra.

(La Mujer en Morado se sienta en el suelo. Está muy cansada. Mira a los buitres que revolotean y se estremece.)

Mujer en Morado (Mirando hacia arriba): ¡Malditas aves del infierno! Vosotras sí que sabéis distinguir a los soldados. Enseguida no nos dejaréis nada de ellos. Solo los irreconocibles huesos. Porque los huesos son todos iguales. ¡Dadme tiempo, pájaros malditos, a que yo lo encuentre, lo lave y lo perfume! Para que Antonio sea Antonio aún durante unas horas. (Se saca un pecho y lo ofrece a los buitres) Si tenéis hambre y sed de sangre, bebed de mi leche tibia. Es buena. De niño recién nacido es. ¡Bebed de mí, pájaros de patas amarillas afiladas con vuestro pico incansable, que no me asusta el dolor que me produzca! Pero dadme el tiempo preciso para que yo pueda encontrarlo aún con su carne intacta.

Mujer en Rojo (Abrazando a la de en Morado): ¡Te estás volviendo loca, mujer! ¡Loca, loca! Guárdate ese pecho blanco que no ha de ser para los buitres y date cuenta que los carroñeros no se acercarán a los cadáveres mientras estemos nosotros aquí. Hija mía, preserva al menos la salud de tu mente, ya que has perdido sin remedio la alegría de tu cuerpo.

(Mientras, la Mujer de Amarillo, reptando ya casi sin aliento entre los cadáveres, ha encontrado un lienzo de seda azul.)

Mujer en Amarillo: ¡Te reconozco! Ay cómo te reconozco aún, pese al polvo y las manchas de sangre, pese a la fatiga que cierra mis ojos y em nubila mi mente desconcertada. ¡Oh pañuelo que yo le entregué a él cuando partió a luchar esta maldita batalla que todos hemos perdido!

Mujer en Rojo: ¿Qué tienes, niña?

Mujer en Amarillo: No he encontrado su cuerpo pero sí un pañuelo que yo le di. Míralo

Mujer en Rojo: Señal parece de que él no ha muerto. ¡Albricias tengas tú con tan buenas nuevas! Lo habrán llevado prisionero.

Mujer en Amarillo: Los franceses no hacen prisioneros. Si estuviera vivo habría aportado por mi casa.

Mujer en Rojo: Huyendo de ellos se habrá escondido por las sierras.

Mujer en Amarillo: ¿Has visto las manchas de sangre del pañuelo? Lo siento claro y diáfano como un rayo de luna: Él está muerto y acabado. Quizá su cuerpo no aparece porque ya haya sido pasto de los buitres y las alimañas. Su carne era tan dulce... Pero yo lo esperaré siempre. En casa, cosiendo sus camisas y contando las horas de su ausencia, yo siempre lo esperaré. Y si no vuelve, cualquier refilón de esperanza será mejor que la certeza de su desaparición eterna. Seré como la novia que aguarda para siempre la vuelta del novio que se marchó sin retorno a las Colonias, en busca de fortuna. Ahora ya seré para siempre su novia, al menos mientras yo tenga un hálito de vida.

Mujer en Rojo: Te marchitarás tú y se pudrirán los frutos potenciales de tu vientre. Seca ya y amargada mientras vivas.

(La Mujer de Morado se ha quedado dormida, tumbada sobre el campo. El Niño con su chaqueta de capitán juega a la guerra con un sable que ha encontrado. En su lucha imaginada, ensarta levemente la espalda de un campesino tumbado boca abajo, aparentemente muerto. Pero no lo está del todo y gime levemente. La Mujer en Morado se despierta bruscamente y va corriendo hacia él, le da la vuelta y aparece un hombre con una gran herida en el pecho, moribundo.)

Campesino: Agua, por favor. Un poquito de agua que se me va la vida a borbotones.

Mujer en Morado: ¡Antonio!

(El Niño corre asustado a los brazos de la Mujer en Rojo. La Mujer en Morado abraza estrechamente al campesino, tratando de taponarle la herida.)

Campesino: Dame una poquita de agua, amor. Que estoy muy mal herido.

Mujer en Morado: ¡Traedle agua, compañeras! Pronto. Agua.

Campesino (Entrecortadamente): Eres tú, mi mujer buena. Eres tú, la madre de mis hijos. Cuídalos para que crezcan fuertes y algún día puedan vengar a su padre. Que tu belleza no permitirá que no tengan un buen hombre que los cuide y los proteja como si fuera su padre.

Mujer en Morado: ¡Calla! No malgastes tus fuerzas ahora. Y entérate bien Antonio: nunca habrá otro hombre. En mi cama no habrá otro calor que el que tú has dejado. Cuando mi cama se enfríe, mi sangre se helará en las frías amanecidas del invierno. Ya solo quedarás tú entre los rescoldos del macho duro y bueno que dejas en los figmentos rojizos de mi mente. Nadie nunca ocupará el sitio que dejaste. Nadie. Antonio. Nunca. Nadie.

(La Mujer en Amarillo trae un jarro con agua. Mientras se lo da, la Mujer en Morado ve como su hombre sufre los estertores de la muerte.)

Campesino: En tus hermosos brazos muero, mujer querida. (Muere.)

Mujer en Morado (Con gran entereza): Ya está. Traedme, amigas mías, agua limpia y perfumes silvestres para que yo lave y olee este cuerpo hermoso aún en su agonía y muerte. Para preservar cuanto más pueda este estuche de tierna carne querida y maltratada. Un cuerpo que albergó el alma más valiente y bondadosa... Mirad, mirad, parece que todavía me sonrío. ¡Es un lirio de estas vegas del Guadiana, una luz brillante en mi noche eterna ya! Traedme, amigas, el agua y los perfumes...

Mujer en Rojo (Señalando): ¡Vienen de nuevo los franceses! ¡Huyamos, pronto!

(Las Mujeres en Rojo y Amarillo levantan a la Mujer en Morado y, arrastrándola, salen con ella del escenario a toda prisa. Ya es tiempo. Una cortina de buitres, todos con la chaqueta del ejército francés se abate sobre los cadáveres españoles, entre un estruendo de gritos y graznidos.)

TELÓN